

Mar

21

Abr

2009

Evangelio del día

Segunda Semana de Pascua

“Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 32-37

El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado. Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba.

José, a quien los apóstoles apellidaron Bernabé, que significa hijo de la consolación, que era levita y natural de Chipre, tenía un campo y lo vendió; llevó el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

Salmo de hoy

Sal 92, 1ab. 1c-2. 5 R/. El Señor reina, vestido de majestad

El Señor reina, vestido de majestad;
el Señor, vestido y ceñido de poder. R/.

Así está firme el orbe y no vacila.
Tu trono está firme desde siempre,
y tú eres eterno. R/.

Tus mandatos son fieles y seguros;
la santidad es el adorno de tu casa,
Señor, por días sin término. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 7b-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo:

«Tenéis que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu».

Nicodemo le preguntó:

«¿Cómo puede suceder eso?».

Le contestó Jesús:

«¿Tú eres maestro en Israel, y no lo entiendes? En verdad, en verdad te digo: hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero no recibís nuestro testimonio. Si os hablo de las cosas terrenas y no me creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de las cosas celestiales? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna».

Reflexión del Evangelio de hoy

Jesucristo: centro de la vida del cristiano.

La primera comunidad cristiana nace del valeroso y convincente “testimonio de la resurrección del Señor Jesús” que daban los apóstoles. Y el modo de vivir de esta comunidad es su reflejo. Su vida predicaba que Cristo realmente había venido y resucitado y estaba en medio de ellos. Vivían siempre unidos en Cristo, “todos pensaban y sentían lo mismo”, y como consecuencia, “lo poseían todo en común”, todo era de todos. Ponían sus bienes a disposición de los apóstoles y “se distribuía según lo que necesitaba cada uno”. Así “ninguno pasaba necesidad”. La comunión es posible con Jesucristo en el centro, permaneciendo los discípulos a los pies del Maestro.

Tenemos presente el caso concreto de Bernabé, como comprobación de que estas líneas no son bonita literatura que describen la “comunidad ideal”, sino una realidad llevada a cabo en los comienzos del cristianismo, y a la que estamos invitados a imitar. ¿Quiénes? todos. ¿Cuándo? hoy, ahora, cada día. ¿Cómo? poniendo a Cristo como centro de nuestra vida, a la Palabra de Dios como fuente de nuestros sentimientos, pensamientos y

palabras, y motor de nuestras acciones.

“Para que todo el que cree en él tenga vida eterna”.

Para vivir la resurrección, Jesús nos asegura que es necesario entrar antes en el misterio de la Cruz. Y Él sabe de lo que habla, y de lo que ha visto es de lo que nos da testimonio: en Él se cumplen las Escrituras. Y Él mismo se lo que quiere mostrar a Nicodemo (un magistrado judío que reconocía a Jesús como maestro enviado de Dios por las señales que realizaba). Jesús le recuerda la serpiente de bronce que Moisés levantó en el desierto, para que todo el que la mirara quedara sano. Esta serpiente era para el pueblo de Israel signo de salvación, signo del perdón de Dios por su pecado. Así, cuando Él sea elevado en la Cruz, le reconozcan a Él como a su único Dios, fuente de salvación, y “todo el que crea en Él tenga vida eterna”.

La exaltación de Cristo no es expresión de un poder dominador, sino de servicio, de entrega. Ha bajado del cielo para ser elevado en la Cruz, destruir nuestro pecado y la muerte, y darnos la salvación. Cristo ha sido humillado, pero ahora es glorificado. Ha sido traicionado, pero ahora triunfa su fidelidad. Ha sido triturado por nuestros pecados, pero ahora reina victorioso.

Ahora, como somos libres, podemos vivir de dos maneras. Una es mirándonos a nosotros mismos, viviendo en nuestros proyectos, criterios, en nuestras seguridades (mi familia, mi salud, mis estudios, mi trabajo, mi dinero, mi vida, mi comunidad, mi voluntad, mi... mi... cada uno que ponga sus “mis”, que bien los sabemos...). Y podremos comprobar que todos nuestros “mis”, llega un momento en la vida, en que o se tambalean, o fallan, o llegan a su fin.

La otra manera de vivir es con la mirada puesta en Jesucristo, en su Amor, su misericordia, su perdón, su fidelidad, su entrega, su voluntad, su Palabra, su... y todos estos “sus” no se tambalearán, ni fallarán, ni tendrán fin: son eternos. Miremos a Cristo y todo lo demás se nos dará por añadidura. En Él tenemos VIDA. ¡VIDA ETERNA!



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicanas
Palencia